



## **NUEVAS POLÍTICAS**

### **PARA SALIR DE LA CRISIS**

**Barcelona, 29 de octubre de 2009**

Aprovecharé estos minutos para compartir realizar algunas reflexiones sobre la economía mundial, europea y española en estos tiempos de crisis, y plantearé algunas ideas sobre lo que se puede hacer.

Y aprovecho esta oportunidad para recordarles que el mi último libro, que es un buen libro, editado por el Grupo Planeta, trata sobre todos estos asuntos.

Se han cumplido ya más de dos años desde el estallido de la crisis financiera.

Al estallido de la crisis financiera en agosto de 2007, siguieron muchos meses de desconcierto, durante los que no se valoró bien el impacto que la crisis financiera tendría sobre la salud de los sistemas bancarios y, naturalmente, sobre la salud del conjunto de la economía mundial.

Visto hoy con un poco de perspectiva, la ausencia de lucidez en el análisis no deja de resultar sorprendente.

Las quiebras bancarias que se produjeron hace un año generaron más desconcierto aún. Se extendió el miedo; en muchos momentos, el pánico.

Y se comenzó a hablar de la crisis de 1929 corregida y aumentada, de una nueva Gran Depresión.

Otros, con poca fortuna, llegaron a afirmar que la crisis financiera iba a representar para la economía libre lo mismo que la caída del muro de Berlín representó hace veinte años para el comunismo.

Lo cierto es que, hasta hace no tanto tiempo, la crisis financiera, la crisis bancaria, la recesión en los Estados Unidos y en Europa y la contracción del comercio mundial hicieron proliferar los enfoques profundamente pesimistas.

Hoy, queridos amigos, la situación es sustancialmente distinta. Hace ya algunos meses que desapareció del debate público la discusión sobre si esta era la Gran Depresión del siglo XXI.

Hemos comenzado ya a ver tasas de crecimiento positivas en algunas economías europeas. La práctica totalidad de las economías europeas va a registrar tasas de crecimiento positivo en 2010, con la desgraciada excepción de la economía española.

La economía de los Estados Unidos va a registrar este trimestre tasas de crecimiento del 2 por ciento.

Y la economía mundial, de acuerdo con las previsiones del Fondo Monetario Internacional, crecerá un 3 por ciento el año que viene.

Convendrán conmigo que estamos en otro plano, en otra dimensión del debate económico. Mucho más positiva. Mucho más esperanzadora. Afortunadamente para todos.

Fuimos algunos pocos los que, hace ya muchos meses, poco después del verano del 2008, en distintos foros en los Estados Unidos, en Europa y en América Latina, nos atrevimos a discrepar del diagnóstico tan pesimista sobre la economía mundial que por entonces imperaba.

Hoy somos muchísimos más los que pensamos así.

Afirmé por entonces que esta crisis no representaba en modo alguno el final de la economía libre y que el riesgo de que la economía mundial entrara en una nueva gran depresión era bajo. ¡Incluso lo publiqué en mi libro!

Los hechos parece, en efecto, que nos están dando la razón a quienes pensábamos y pensamos que esta crisis, en el fondo, era y es una crisis no tan distinta en su naturaleza de otras crisis anteriores, aunque, eso sí, de mucha mayor intensidad.

Una crisis originada, una vez más, por un desmesurado crecimiento de la liquidez, con su consiguiente transmisión a los mercados de valores e inmobiliarios en forma de burbujas, y con una capacidad destructiva del sistema bancario, del tejido empresarial y del empleo mucho más potente que otras veces, como consecuencia del desarrollo de sofisticados mecanismos de multiplicación del crédito en el conjunto de la economía mundial.

La realidad hoy es que la recuperación de la economía mundial está en marcha y eso es una buena noticia para todos.

Lo importante ahora es asegurar la consolidación de la recuperación. Evitar que la recuperación sea abortada.

Y sólo puede ser abortada si los políticos recurren a las políticas equivocadas. Porque de la misma forma que las malas políticas están en los orígenes de la crisis, sólo una reedición de malas políticas puede frenar o retrasar la recuperación.

¿Cuáles son las malas políticas? Pues son aquellas que apuestan por incrementos descontrolados del gasto público, sobre todo de gasto no productivo, por déficit públicos insostenibles, por incrementos brutales de la deuda pública, por mayores impuestos y por nuevas políticas de planificación.

Algunos países han preferido, en efecto, avanzar por esta vía de recorte de la libertad económica. El gobierno de España es el que más decididamente está avanzando por este camino.

Pero es que hay otra vía: sí. Hay también líderes políticos que han aprendido de los errores cometidos y están actuando con inteligencia y pragmatismo.

Estos son los que han optado por corregir los errores del Estado en sus políticas públicas y que además, han apostado por las reformas estructurales, el control del gasto público y las rebajas de impuestos, con criterios de responsabilidad en la sostenibilidad de las cuentas públicas.

Los que han afrontado los problemas de su sistema bancario poniendo en marcha programas de saneamiento y recapitalización con criterios de racionalidad, plena transparencia, “politización cero” y disciplina de mercado, es decir, obligando a los directivos financieros a asumir responsabilidades por haber quebrado las entidades que dirigían y, por tanto, a dimitir.

Y, naturalmente, la salida de la crisis va a ser muy diferente para los países que siguen un camino y los que siguen otro.

Los que han optado por la primera vía, por la vía del incremento descontrolado del gasto público, del gasto público no productivo, del déficit público insostenible o, en otros términos, de las cuentas públicas de “alto riesgo”, de la subida de los impuestos y de la resurrección de la planificación económica son los que más paro están

generando y los que más van a tardar en remontar el vuelo y comenzar a salir de la crisis.

Los segundos, por el contrario, van a ser los primeros en superar la crisis y en volver a crecer y a crear empleo.

Me referiré ahora a España.

No descubro nada nuevo si afirmo que España es, de entre las principales naciones europeas, la que más intensamente se ha deteriorado, tanto en el plano económico como en el social, desde que se inició la crisis.

En ninguna economía europea cierran 400 empresas todos los días.

Ninguna economía europea ha registrado un incremento de parados de dos millones de personas en poco más de un año. Ninguna economía europea manda al paro a miles de personas todos los días.

Ninguna economía europea tiene cuatro millones y medio de parados y, según las previsiones de foros independientes como la Fundación de las cajas de ahorro o la Comisión Europea, cinco millones de parados el año que viene.

Ninguna economía europea tiene una tasa de paro del 18 por ciento.

Ninguna economía europea va camino de llegar a tasas de paro del veinte por ciento, cifra que, por desgracia, a muchos nos vuelve a resultar familiar.

Y ninguna economía europea importante tiene una deuda externa de más del 180 por ciento de la renta nacional, como tiene la española.

La realidad es que la crisis internacional está afectando mucho más a España que al resto de países. Por qué?: pues porque no se ha escuchado a quien había que escuchar.

- De incrementar el gasto público un 9 por ciento durante varios años seguidos.
- De incrementar el tamaño de la Administración pública, sobre todo el de las Comunidades Autónomas.
- De elevar por encima de los 3 millones el número de funcionarios.
- De recrear un enorme sector público empresarial en el ámbito autonómico y local.
- De segmentar el mercado nacional con normas autonómicas que perjudican a la actividad económica.
- De intervenir en las decisiones empresariales con criterios políticos.
- De politizar la gestión de las cajas de ahorro, hasta provocar consecuencias tan lamentables como la quiebra de una de ellas.
- De minar la independencia de los organismos económicos reguladores y supervisores.
- De retroceder en el terreno de la reforma laboral.
- De recortar la libertad comercial.
- De no afrontar decisiones de política energética.
- De paralizar proyectos tan importantes como el Plan Hidrológico Nacional.
- De deteriorar la calidad de la educación.
- De llevar el fracaso escolar al 30 por ciento de los jóvenes.
- De renunciar al 90 por ciento de los fondos europeos.
- De elevar el déficit exterior hasta el 10 por ciento del PIB.
- De elevar la deuda externa al 180 por ciento del PIB.

Ahora, quienes pagan las consecuencias de esos errores no son los dirigentes políticos que han impulsado esta política económica equivocada, sino millones de familias y millones de empresarios y autónomos españoles.

Quiero reafirmar hoy, aquí, que España puede superar esta crisis. España tiene la capacidad de volver a ser próspera y dinámica.

Quiero recordar que en 1996, España tenía una tasa de paro del 23 por ciento. Decidí cambiar en sus políticas, sobre todo en la económica, y llegaron diez años de crecimiento intenso y creación de empleo. La tasa de paro se redujo en ocho años un 50 por ciento y se crearon más de cinco millones de empleos.

Entonces, otra política económica era posible y salir de la crisis era posible. Hoy también lo es.

Sin embargo, queridos amigos, salir de la crisis actual es tan difícil como entonces, y requiere en todo caso reformas muy profundas.

En el plano político e institucional, ha llegado el momento de decir con claridad que el actual modelo de Estado, con una administración autonómica hipertrofiada, no es financieramente viable.

Es el momento de decir que no es sensato ni razonable continuar con la centrifugación del Estado, hasta el punto de convertirlo en un instrumento incapaz de cumplir las funciones imprescindibles que tiene y que debe seguir teniendo encomendadas.

Un Estado residual, que es lo que hay ahora, es otra dificultad añadida para la salida de la crisis. No les quiero su fragmentación definitiva.

La desvertebración de España nos ha llevado a que el gobierno, cualquier gobierno, que pretenda hacer frente a la situación tiene hoy seriamente mermada su capacidad de actuar de forma eficaz frente a la crisis. Gobernar la nave es hoy extremadamente complicado porque la nave responde al timón con muchas dificultades.

Por si fuera poco, no son pocos los que, desde sus gobiernos autonómicos, piensan que pueden salir de esta crisis por su cuenta, simplemente arañando un poco más del pastel de la financiación autonómica. Y se equivocan.

De esta crisis nadie va a salir solo. Ni las personas, ni los partidos, ni las organizaciones, ni los territorios. De esta crisis saldrán las naciones cuyos ciudadanos estén dispuestos a hacer el esfuerzo de trabajo, reformas y unidad que hoy se necesita.

Hay quienes los lunes y miércoles le echan la culpa de la crisis al capitalismo norteamericano, los martes y jueves al modelo de crecimiento, es decir, a lo que ellos llaman el “ladrillo”; los miércoles y viernes al cambio climático; y que los sábados y los domingos culpan de la crisis a quien les dejó la mejor herencia económica de la historia de España, con una economía creciendo al 3 por ciento, euros, y no pesetas en los bolsillos, 5 millones de empleos más de los que se encontró, superávit en las cuentas públicas, superávit en la seguridad social, triple A en la deuda pública, veinte puntos menos de deuda pública, impuestos más bajos y un fondo de reserva de la seguridad social que no existía.

Mientras tanto, se resignan a ver crecer el número de parados en España y a ver cerrar empresas todos los días.

Y yo creo que los que no nos tenemos que resignar somos nosotros. Porque podemos salir de la crisis.

En mi opinión, lo que se necesita es trabajar con intensidad para convencer a la mayoría de que es posible y necesario recuperar la vitalidad y la confianza en el futuro a partir de una propuesta para toda España de nuevos objetivos ambiciosos de prosperidad y convivencia.

En otros términos, es necesario convencer a la mayoría social de que España necesita adoptar con la mayor urgencia una nueva política completa de reformas.

Una Agenda de Reformas muy ambiciosa basada en la austeridad y el recorte del gasto público, la contención del empleo público, la racionalización y reestructuración del modelo autonómico, las rebajas de impuestos, una nueva oleada de privatizaciones de empresas públicas, sobre todo en el ámbito autonómico y local, la recuperación de la



unidad del mercado español, la apertura comercial, nuevas liberalizaciones en los mercados de servicios, mayor competencia en todos los mercados, un refuerzo de nuestra capacidad energética nuclear, una nueva y profunda reforma laboral, reformas para asegurar la sostenibilidad de los sistemas de pensiones, reformas para mejorar la eficiencia y reducir el coste de los sistemas sanitarios, reformas para mejorar la calidad del sistema educativo, reformas para mejorar la calidad de los servicios del Estado como supervisor, reformas en la regulación financiera para reforzar la transparencia y penalizar la falta de honradez empresarial, y reformas penales para erradicar la corrupción en el ámbito político.

Hoy quiero referirme a varios capítulos de reformas.

El primero pasa por poner freno al crecimiento desbocado del gasto público. Un déficit público del 12 por ciento del PIB es un disparate. Esto significa que al gobierno el presupuesto se le ha ido de las manos, que es incapaz de controlar el gasto.

La deuda pública crece de forma desbocada, hipotecando el futuro de las familias y empresas españolas, que por este camino tendrán que afrontar nuevas y cuantiosas subidas de impuestos.

Ya hemos perdido la máxima calificación de la Deuda pública, la triple A. Costó mucho conseguirla, doy fe de ello. Este gobierno nos ha vuelto a bajar a la segunda división, a la doble A.

La UE ya cree que nuestras cuentas públicas son de “alto riesgo”, y esto debe preocuparnos a todos.

El gobierno no dudará en seguir subiendo los impuestos a las familias y empresas para intentar atajar el déficit, y esto es un nuevo y grave error. Es el camino contrario al que están recorriendo los países que ya están saliendo de la crisis. Como Alemania, de la mano de la Canciller Merkel y sus aliados liberales.

Este déficit público disparatado está, además, ahogando a nuestras empresas, sobre todo, a las pequeñas y medianas, a nuestros autónomos, y a nuestras familias. Todo el que solicita un préstamo o un crédito y su banco o caja de ahorros le dice que no tiene que saber que hay una razón para ello. Prefieren prestarle el dinero al Estado, porque corren menos riesgo. Y con ello, al final, perdemos todos.

Es necesario ejecutar, pues, un plan de máxima austeridad presupuestaria, concentrado en el gasto no productivo, que es tremendo. Sin él será imposible salir de la crisis.

En segundo lugar, es esencial poner en marcha de una vez por todas el plan de recapitalización del sistema bancario, que está paralizado.

Otra gran reforma imprescindible es la laboral.

La OCDE, el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea, el gobernador del Banco de España, cien importantes economistas españoles, la CEOE, el Círculo de Empresarios, piensan también que España necesita una profunda reforma laboral.

Esa reforma debe incorporar, en mi opinión, cambios en profundidad en al menos los siguientes aspectos:

- la negociación colectiva, desterrando una negociación centralizada que impide ajustar las negociaciones salariales a la situación de cada empresa, para evitar con ello los cierres de las empresas menos productivas y los consiguientes despidos.
- La intermediación laboral, absurdamente vetada hoy a la iniciativa privada, a diferencia de lo que ocurre en Europa.
- La movilidad geográfica, que debe ser fomentada.
- La flexibilidad horaria y funcional, imprescindibles en un mundo como el actual.
- La prestación por desempleo, que con su diseño actual no incentiva la búsqueda de empleo hasta la finalización de la prestación.

- Las políticas de formación de los desempleados, actualmente muy deficientes.
- Los costes fiscales del empleo, es decir, las cotizaciones a la seguridad social, que pueden y deben ser rebajadas.
- Las modalidades de contrato, que con su multiplicación han permitido un mercado de trabajo dual y que en, su configuración actual disuaden de la contratación.
- El papel de la administración laboral en los procesos de despido colectivo, que politiza y distorsiona gravemente las relaciones laborales.

Son también imprescindibles las reformas en el sector de la energía, con una apuesta decidida por la energía nuclear.

Mi opinión es que el debate que hoy está planteado en España me parece pobre y superado.

El debate no puede quedar circunscrito a si tal o cual central de energía nuclear de casi cuarenta años de vida debe tener prórroga o no.

El debate actual en España no puede ser otro que la conveniencia de apostar por la construcción de centrales de energía nuclear de nueva generación y de ampliación de la capacidad de generación a través de esas nuevas centrales.

Digo más: si España se queda aislada en este terreno y pierde el tren tecnológico en este sector tan importante para el futuro de nuestro sector energético, de nuestro sector industrial y del conjunto de la economía, pagaremos un coste tremendo.

Se lo dice quien apostó muy fuerte por traer a España, a Cataluña, el proyecto ITER que, aunque va a ser desarrollado en Francia, tiene en Barcelona, por decisión de quien les habla, adoptada en enero de 2004, su agencia de dirección.

Las reformas, las que he detallado y las que simplemente he enunciado, son imprescindibles, y son además urgentes.

Y quiero subrayar esto que voy a decir a continuación.

Si España sigue retrasando su agenda de reformas, pagará más caro que nadie el coste social de la crisis porque ésta se instalará en nuestro país durante mucho más tiempo.

La razón es simple: España no va a disfrutar de estos tipos de interés tan bajos eternamente. La recuperación está comenzando ya en Europa, y el Banco Central Europeo comenzará a subir los tipos de interés a no tardar mucho.

Si por entonces España todavía sigue sin crecer, el efecto de la subida de los tipos de interés será dramático sobre una economía tan endeudada como la española.

En este escenario futuro de política monetaria contractiva, un país como España, altamente endeudado con el exterior y que se encuentra retrasado en sus procesos de ajuste internos, verá abortada su recuperación.

El coste de esta política de “reformas cero” será entonces una salida frustrada de la crisis con un largo período de crecimiento anémico incapaz de absorber unos niveles de desempleo socialmente inaceptables.

Los riesgos de este escenario, que por desgracia no es improbable, todavía no se han comprendido, en mi opinión, en toda su magnitud.

Nunca he creído en las maldiciones históricas. Ningún país está condenado al fracaso, como durante tanto tiempo creyeron algunos en España.

Juntos podemos hacer que Cataluña y el resto de España reemprendan el camino del éxito. Podemos y debemos hacerlo.